



Mi madre
Georges Bataille



La sonrisa vertical

La madre podrá parecer a muchos la encarnación misma del Mal, ese Mal que, a fuerza de ser todopoderoso, convierte a quien lo encarna en un dios. Bataille nos convence de que es posible, pese a todo y pese a nosotros mismos, amar al mal, el mal que nos acerca a Dios.

El joven Pierre se va deslizando, pues, entre la angustia y el placer sin límite, en el abismo al que le arrastra su madre, rodeada de sus hermosas y diabólicas amigas Rea, Hansi y Lulú.

Advertencia a la edición francesa de 1966

Los amigos más íntimos de Georges Bataille sabían desde hacía tiempo que él tenía la intención de escribir, si no una continuación, sí una prolongación de Madame Edwarda^[1]. Lo que ignoraban es que Madame Edwarda debía formar parte de un conjunto de cuatro textos y que uno de ellos estaba, cuando falleció Georges Bataille, redactado, corregido y listo, en su casi totalidad, para imprenta. Es el texto que hoy presentamos.

Al no haber terminado aún el examen definitivo de los papeles dejados por Georges Bataille, resulta difícil definir la presentación exacta que él quería dar a este conjunto. Hasta el título es incierto. Una hoja manuscrita, especie de proyecto para una página de títulos, lleva en efecto estas menciones cuya disposición hemos respetado:

Pierre Angélique^[2]

Madame Edwarda

I

Divinus Deus

II

Mi madre

III^[3]

Seguido de
Paradoja sobre el Erotismo
por
Georges Bataille

Y precisamente en este orden se encuentran los manuscritos de entre los cuales extrajimos Mi madre. Pero con la única diferencia de que Divinus Deus, en lugar de Madame Edwarda, pasa a ser aquí el título general, presentado solo en una página, en caracteres grandes, mientras los textos que siguen llevan cada uno una página de título: I, Madame Edwarda; II, Mi Madre; tercera parte, Charlotte d'Ingerville: esta «tercera parte» consiste en las tres páginas del inicio en las que Fierre, tras la muerte de su madre, se encuentra con una amiga de esta, Charlotte d'Ingerville. Siguen 236 páginas de notas, variantes, y distintos esbozos relacionados con las tres partes, así como 15 hojas de notas que se refieren a Paradoja sobre el erotismo, que debía poner fin al libro.

El manuscrito de Mi madre ocupa 91 hojas, numeradas de 22 a 112, más la página del título. Está, como hemos dicho, corregido y listo para imprenta hasta la hoja 97, página 188 de muestra edición. A partir de ahí, el texto se vuelve confuso, sobrecargado, y presenta con frecuencia varias versiones de un mismo pasaje. Tras muchas dudas, decidimos resumir (páginas 188–199) las hojas menos legibles y transcribir únicamente los pasajes claros.

Tal como aquí se presenta, esta obra desconocida nos ha parecido indispensable para los lectores, íbamos a decir amigos, de Georges Bataille.

Advertencia del traductor

Como bien explica el editor en la «Advertencia a la edición francesa de 2966», este manuscrito fue encontrado entre sus papeles, después de la muerte de Georges Bataille. Aunque se diga que gran parte del texto estaba listo para imprenta, me atrevo a afirmar que, sin duda, de haber sabido el autor que su libro sería publicado un día, lo habría corregido, o mejor dicho, pulido. Son constantes las irregularidades en la construcción de frases, las contradicciones, los cambios inexplicables de tiempos verbales, las repeticiones (algunas, no obstante, intencionadas), los «vacíos» entre secuencias y hasta entre conceptos, que no deberían escapar al conocedor de la obra de Bataille. He sido, sin embargo, lo más fiel posible al original, pues lejos de mí la intención de rectificar o reescribir un texto de un autor de la talla de Georges Bataille.

Debo únicamente prevenir al lector contra lo que podría ser interpretado como «fallos o limitaciones del traductor» en aquellos casos en los que estas deficiencias (por otra parte, fácilmente comprensibles dadas las circunstancias) le sorprendieran.

Advierto igualmente al lector de que quizás también se sorprenda del uso —en escasas ocasiones— de palabras llamadas crudas en un contexto que aparentemente no las admite. Pero es muy propio de Bataille el empleo, comedido y brusco a la vez, de esas palabras que asumen así toda

la violencia que el autor no sólo desea comunicar, sino también que él mismo vive al escribirlas.

P. B.

Mi madre

LA VEJEZ RENUEVA EL TERROR
A LO INFINITO. DEVUELVE AL
SER AUN SIN TERMINAR AL
PRINCIPIO. EL PRINCIPIO QUE
AL BORDE DE LA TUMBA EN-
TREVEO ES EL CERDO QUE EN
MI NI LA MUERTE NI EL INSUL-
TO PUEDEN MATAR. EL TE-
RROR AL BORDE DE LA TUMBA
ES DIVINO Y ME HUNDO EN EL
TERROR QUE ME ENGENDRO.

—¡Pierre!

La palabra había sido pronunciada en voz baja, con insistente suavidad.

¿Alguien en la habitación contigua me había llamado? ¿Tan suavemente como para no despertarme? Pero estaba despierto. ¿Me había despertado del mismo modo que cuando era niño, cuando tenía fiebre, y mi madre me llamaba con esa voz temerosa?

Llamé yo, a mi vez: no había nadie a mi lado, nadie en la habitación contigua.

A la larga comprendí que, mientras dormía, había oído pronunciar mi nombre en sueños y que el sentimiento que me dejaba seguiría siendo inasible para mí.

Estaba hundido en la cama, sin penas ni placer. Sabía únicamente que, durante las enfermedades y las largas fiebres de mi infancia, esta voz me había llamado del mismo modo: entonces, la amenaza de muerte que me rondaba otorgaba a la voz de mi madre aquella suavidad extrema.

Era lento, atento, y lúcidamente me sorprendía no sufrir. Esta vez, el recuerdo de mi madre, hirviente de intimidad ya no me desgarraba. Ya no se mezclaba al horror de aquellas risas escabrosas que con frecuencia había oído.

En 1906, tenía diecisiete años cuando murió mi padre.

Enfermo, había vivido mucho tiempo en un pueblo, en casa de mi abuela, adonde iba a verme a veces mi madre.

Pero, por entonces, vivía en París desde hacía tres años. Había comprendido muy pronto que mi padre bebía. Las comidas transcurrían en silencio: alguna vez mi padre empezaba una historia confusa que apenas podía seguir y que mi madre escuchaba sin decir palabra. No terminaba nunca, y se callaba.

Después de cenar, oía con frecuencia desde mi habitación una escena ruidosa, ininteligible para mí, que me dejaba el sentimiento de que habría tenido que acudir en ayuda de mi madre. Desde mi cama, acechaba los estallidos de voces entremezclados con el ruido de muebles derribados. A veces me levantaba y, en el pasillo, esperaba a que el ruido se apaciguara. Un día, se abrió la puerta: vi a mi padre rojo, vacilante, cual un borracho de arrabal, insólito en el lujo de la casa. Mi padre no me hablaba sino con una especie de ternura, con movimientos ciegos, casi pueriles de tanto temblar. Me aterraba. Le sorprendí una vez, atravesando los salones: empujaba con violencia los sillones, y mi madre, semidesnuda, lo rehuía: mi padre, en cambio, no llevaba más que la ropa interior. Alcanzó a mi madre: cayeron juntos gritando. Desaparecí y comprendí entonces que tendría que haberme quedado en mi cuarto. Otro día, extraviado, él abrió la puerta de mi habitación: permaneció en el umbral con una botella en la mano; me vio, y la botella, deslizándose de entre sus dedos, se rompió, y el alcohol inundó el suelo. Le miré, un momento: se cogió la cabeza entre las manos después del innoble ruido de la botella; callaba, pero yo temblaba.

Lo odiaba tan plenamente que le llevaba la contraria por cualquier cosa. En aquella época, pasé a ser tan devoto que llegué a imaginar que un día me metería en un seminario. Mi padre era entonces anticlerical. No renuncié al hábito sino cuando murió, con el fin de vivir con mi madre, por quien sentía una arrebatadora adoración. En mi estupidez,

creía que mi madre era como pensaba que eran todas las mujeres, que era lo que sólo una vanidad de macho impedía que fuera, o sea muy entregada a la religión. ¿No iba yo los domingos a misa con ella? Mi madre me quería: entre ella y yo había, creo, cierta identidad de pensamiento y sentimientos, que sólo la presencia del intruso, mi padre entorpecía. Yo sufría, es cierto, de las continuas ausencias de mi madre, pero ¿cómo podía oponerme a que ella intentara por todos los medios escapar al ser aborrecido?

Me sorprendía sin duda el que, durante las ausencias de mi padre, ella saliera constantemente. Mi padre hacía largas estancias en Niza donde yo sabía que organizaba juergas, jugaba y bebía como de costumbre. Me habría gustado decirle a mi madre cuánto me alegraba ante la inminencia de sus partidas; con extraña tristeza, mi madre rechazaba toda conversación, pero yo estaba seguro de que ella se alegraba tanto como yo. La última vez se fue a Bretaña, adonde su hermana lo había invitado: mi madre tenía que acompañarle, pero, en el último momento, decidió quedarse. Estaba tan contento a la hora de la cena, con mi padre lejos, que me atreví a comunicar a mi madre mi júbilo por quedarme a solas con ella: con gran sorpresa para mí, ella se mostró encantada, bromeando más que de costumbre.

Yo había crecido. De pronto era un hombre: ella prometió llevarme pronto a un restaurante alegre.

—Parezco aún lo bastante joven como para acompañarte —me dijo—. Pero eres tan guapo que me tomarán por tu amante.

Me reí, porque ella se reía, pero me quedé sin aliento. No podía creer que mi madre hubiese pronunciado la palabra. Me pareció que había bebido.

Jamás me había percatado, hasta entonces, de que mi madre bebía. Muy pronto comprendí que bebía cada día de la misma manera. Pero no tenía esa risa en cascada, ni esa indecente alegría de vivir. Tenía, por el contrario, una triste suavidad, atrayente, que la encerraba en sí misma; tenía la profunda melancolía que yo relacionaba con la maldad de mi padre, y esa melancolía fue la causa de mi dedicación a ella a lo largo de toda mi vida.

A los postres, se fue y me quedé defraudado. ¿No se había burlado de mi pena? Mi decepción se prolongó durante unos días. Mi madre no dejó de reírse —y de beber— y sobre todo de irse. Me quedé solo, estudiando. En aquella época, seguía unos cursos, estudiaba y, del mismo modo que habría podido beber, me emborrachaba de trabajo.

Un día mi madre no salió como de costumbre después del almuerzo. Se reía conmigo. Me pedía perdón por no haber mantenido su promesa y por no haberme llevado, como solía decir, «por ahí». Mi madre, antaño tan grave, inspiradora de penosos sentimientos, los de una noche de tormenta, aparecía de pronto ante mí bajo una luz totalmente nueva: la de una joven disipada. Sabía que era muy guapa: todo el mundo lo decía a su alrededor. Pero desconocía aquella coquetería provocativa. Había apenas cumplido los treinta y dos años, y, al mirarla, su elegancia, su porte me trastocaban.

—Te llevo mañana —me dijo—. Dame un beso. ¡Hasta mañana por la noche, hermoso amante mío!

Con esta despedida, se rio desenfrenadamente, se puso el sombrero, los guantes y se escurrió, por así decirlo, de entre mis dedos.

Cuando hubo cerrado la puerta, pensé que su belleza y su risa eran diabólicas.

Aquella noche, mi madre no cenó en casa.

Al día siguiente, muy pronto, yo tenía que ir, como cada día, a una clase: al volver, siempre me preguntaba cuál era la finalidad de mis estudios. La camarera, abriendo la puerta, me avisó de que mi madre me esperaba en su habitación. Estaba de mal humor y me dijo en seguida:

—Tengo malas noticias de tu padre.

Permanecí de pie, sin decir palabra.

—Fue repentino —dijo mi madre.

—¿Está muerto? —pregunté.

—Sí —contestó ella.

Guardó silencio un tiempo y siguió.

—Tomaremos un tren para Vannes. Iremos en coche desde la estación de Vannes hasta Segrais.

Pregunté simplemente de qué acababa de morir mi padre, así repentinamente. Ella me lo dijo y se levantó. Hizo un gesto de impotencia. Estaba cansada, parecía llevar una carga, pero no hizo comentario alguno sobre sus sentimientos. Dijo apenas:

—Si hablas con Roberto o Marta, no olvides que, en principio, el dolor debería destrozarte. Es propio de las buenas personas que están a nuestro servicio sentir que deberíamos llorar. Pero es inútil que llores, basta con que bajes la mirada.

Comprendí que mi serenidad irritaba a mi madre, cuya voz se elevaba con dureza. La miré fijamente. Me sorprendía verla envejecida. Me sorprendía, estaba desamparado. ¿Podía ocultar el devoto júbilo que, sordamente, contrariaba la tristeza convencional que sobreviene ante el socarrón advenimiento de la muerte? No quería que mi madre envejeciera, quería verla liberada tanto de su verdugo como de la loca alegría en la que se refugiaba, que hacía mentir su

rostro. Quería ser feliz, habría incluso querido que el luto, en el que la suerte nos encerraba, comunicara a nuestra felicidad esa hechizante tristeza que produce la dulzura de la muerte...

Pero bajé la cabeza: la frase de mi madre no me daba sólo vergüenza. Tenía la sensación de que me limpiaban los mocos. Pensé que iba a llorar al menos de despecho, o de rabia risible. Y, como por fin la muerte suele convocar las lágrimas más tontas, cuando hablé de nuestra desgracia con el servicio, lloré.

El ruido del simón, luego el del tren, nos permitieron, por fortuna, permanecer en silencio.

Un ligero sueño me invadía y me permitía olvidar.

Ya tan sólo me preocupaba por no irritar a mi madre. No obstante, le propuse pasar la noche en el hotel de Vannes. Ella había seguramente anunciado por telegrama que llegaríamos al día siguiente, y aceptó sin decir palabra. En el restaurante y más tarde en la estación, por fin hablamos. Mi turbación, y mi infantilidad, eran perceptibles a pesar mío. No vi a mi madre beber. Pero pidió otra botella, y comprendí. Alarmado, bajé los ojos. Cuando los levanté, la mirada de mi madre opuso a la mía una dureza que me dejó aterrado. Llenó su vaso ostensiblemente. Esperaba el instante maldito que mi estupidez anhelaba. Desde hacía tiempo, ya no soportaba...

Lloraba, y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Mamá —exclamé—, ¿no es mejor para él? ¿Y para ti?

—Cállate —dijo secamente.

Se mostraba hostil ante mí, como si el odio hablara por ella.

Seguí, balbuceé:

—Mamá, sabes muy bien que, de todos modos, es mejor para él.

Ella bebía rápido. Esbozó una sonrisa ininteligible:

—Dilo de una vez: yo le hacía la vida imposible.

No entendía bien y protesté.

—Está muerto, y no debemos decir nada de él. Pero tu vida era difícil.

—¿Qué sabes tú? —contestó ella.

No dejaba de sonreír. Ya no me veía.

—No sabes nada de mi vida.

El camarero se acercó, nos sirvió. Había en la sala un olor triste, degradante, el mantel estaba manchado de rojo. Hacía calor.

—Huele a tormenta —dijo el camarero.

Nadie le contestó.

Me dije (temblaba ante mi madre): «¿Cómo podría condenarla?».

Y sufría por haber dudado de ella un instante. Me sonrojé, sequé el sudor que me rociaba la frente.

El rostro de mi madre era hermético. De pronto, sus rasgos se transformaron. Como una cera que se derrite, se ablandaban, y por un instante su labio inferior se dobló hacia el interior de la boca.

—¡Pierre —me dijo—, mírame!

Aquel rostro móvil —y huidizo— se cargaba, desprendiendo un sentimiento de horror. Ella oponía un vano esfuerzo al delirio que la invadía. Habló, rítmica, lentamente, sus rasgos se habían paralizado en la locura.

Lo que mi madre me decía me desgarraba. Su solemnidad y, sobre todo, aún más terrible, su repelente grandeza, me sobrecogieron. Escuchaba, anonadado.

—Eres demasiado joven —dijo—, y no debería hablarte, pero debes a fin de cuentas preguntarte si tu madre es digna del respeto que le tienes. Ahora, tu padre ha muerto, y estoy harta de mentir: ¡soy peor que él!

Sonrió con una sonrisa amarga, desmedida. Estiraba con las dos manos el cuello de su vestido y lo separaba. Ninguna indecencia se mezclaba a ese gesto en el que sólo se expresaba el desamparo.